

Aunque saboreó una gloria efímera, doña Adela Sequeyro confirmó lo que siempre había intuido y lo que las siguientes generaciones de directoras habríamos de refrendar: que la capacidad creadora es un don que se dispensa lo mismo al género masculino que al femenino, que el poder de la imaginación y la inventiva son fruto indistinto de una mente obsesiva y una naturaleza apasionada, que la derrota que ella sufrió prematuramente fue el producto de un momento histórico, en que el sistema patriarcal se mostró más despiadado con las mujeres y más aún hacia aquéllas que calificaba como "transgresoras".

Porque doña Adela fue una mujer arrojada que se atrevió a desafiar la complacencia imperante y el orden establecido: ese orden que se autoerigía como el único árbitro capaz de designar determinados roles sociales, de acuerdo al género, castigando o condenando a aquellos que se atrevieran a subvertirlo.

La enorme vitalidad y energía que esta mujer tuvo que desplegar para lograr su cometido, no la abandonaron ni siquiera en su edad avanzada; cuando tuve el privilegio de tratarla, ya había pasado el umbral de los ochenta años, y pude darme cuenta de su mente ágil y brillante y las llamaradas que despedían sus ojos azules cuando recordaba las múltiples injusticias que había padecido y a las que nunca sometió su naturaleza rebelde.

Doña Adela Sequeyro jamás imaginó entonces que tantos años de su soledad y abandono se verían recompensados con el rescate de su memoria, porque estoy segura de que quienes lean estas páginas encontrarán en esta maravillosa pionera una mentora y una guía espiritual, no sólo para las mujeres dedicadas al quehacer filmico, sino para todas aquellas que están empeñadas en librar un combate por el respeto a su independencia y su libertad.

Apodos, la reconstrucción de identidades. Estética del cuerpo, deseo, poder y psicología popular
de César Abilio Vergara Figueroa*

Margarita Nolasco

El método científico en la antropología, esto es, planteamiento de un problema, construcción de un modelo teórico, deducción de consecuencias particulares, contrastación de las deducciones con la teoría y arribo a conclusiones, se ve sumamente enriquecido cuando es utilizado además el método comparativo, es decir, cuando se analizan dos situaciones, no una en relación a la otra, sino una frente a otra. Y, además, si esto lo hacemos dentro de la tendencia teórica que propone la semiótica, se obtienen investigaciones de gran calidad que permiten adentrarnos en la esencia misma del hombre y su cultura. Esta metodología la aplicó Abilio Vergara en el trabajo que ahora comentamos.

El autor parte de la definición operativa del tema de estudio: los apodos, el apelativo que un grupo social asigna a un individuo a partir de características propias, adscritas o atribuidas en el interior de un contexto específico estructurado y estructurante, y además con frecuencia objetivizado a través de la construcción y circulación del apodo mismo. Por tanto forma parte de la red de significaciones de cada grupo.

* Este libro, publicado por el INAH, se presentó en octubre de 1997 en el marco de la Feria del Libro de Antropología e Historia. Reproducimos los textos que en esa ocasión leyeron Margarita Nolasco, Néstor García Canclini y Xóchitl Ramírez.

Los apodos permiten, algunas veces, inferir el cuerpo o los cuerpos, su normalidad o anormalidad; en otras ocasiones se refieren a la identidad colectiva, o simplemente tienen significados inefables pero que dan cuenta de la capacidad clasificatoria del grupo respecto a sus componentes. Además corresponden, como nos hace ver Abilio Vergara, a distintos criterios y es posible observar en su producción influencias externas como la de los medios de comunicación masiva, específicamente la televisión. Por supuesto que se usan en situaciones sociales específicas y son básicos en las poblaciones de origen rural y urbano popular. Sin embargo, me preguntaría si no son también usuales en grupos corporativos de clase media alta (como los clubes de Rotarios, Leones, Cámaras de Comercio, de Industriales, etc.), en la que su uso forma parte de la información de aceptación dentro del grupo, como un indicador de identidad y, además, constituyen un mecanismo visible de cohesión. En fin, en este aspecto como en muchos otros, el libro de Vergara abre campo a nuevas discusiones y a nuevas visiones sobre el problema de la relación humana.

El libro fue publicado por el INAH. Consta de una introducción, cuatro capítulos, conclusiones, bibliografía y dos apéndices, uno en el que se enlistan apodos del pueblo de Tepoztlán, Morelos, México, y otro que da cuenta de los de Huanta, Ayacucho, Perú. Llama la atención la diferencia en la cantidad de apodos en lengua indígena y en español en cada caso.

En la introducción, Vergara plantea su objeto de estudio, el marco teórico que utiliza y los objetivos en cuatro direcciones: estéticos, como identificador de imágenes de poder (confrontación o negociación), personalidad social-individual y, finalmente, como marcador de elementos de la identidad étnica (en

cuanto a permanencia, reformulación o deterioro). Los apodos forman parte del sistema de comunicación cultural de un grupo social, por lo que se presentan en el ámbito de las relaciones sociales. Su producción y circulación dan cuenta de la multiplicidad de temas con los que se relacionan. Se generan en situaciones concretas, precisas, “lugares” diríamos; pero los apodos no pueden entenderse si no se ven desde la perspectiva macro.

El autor dice en la introducción que realizó la investigación en los pueblos de Tepoztlán y Huanta. Por lo tanto, destina el primer capítulo a la etnografía de cada pueblo. Lo interesante de este apartado es que no describe por separado a cada pueblo, sino que va desarrollando al mismo tiempo las características básicas de cada uno, y comparándolas de manera implícita o explícita. Lo indígena, lo cholo, lo mestizo, los de aquí, los de fuera, todo se presenta para concluir que la estructura actual de estas dos poblaciones es el resultado de las modificaciones tradicionales debido a su participación en las estructuras nacionales y a sus cambios. Aceptan y resemantizan lo que ofrece la modernidad y los unen a sus tradiciones, a la vez que resemantizan estas últimas. Al respecto, llama la atención el no haber hecho, al menos en Tepoztlán, la diferencia entre los vecinos y los vecindados (que no tienen siempre obligadamente que participar en la estructura tradicional-moderna resemantizada) y más modernamente, entre los tepoztecos y los tepoztizos.

El segundo capítulo se destina al humor y a la cultura. El autor empieza por dilucidar lo humorístico, lo cómico, lo chistoso, así como los problemas teóricos que giran alrededor de lo cómico. Discute acerca de los campos de la “seriedad” y lo “risible” para llegar a la relación entre la producción de los apodos y la producción de lo cómico, y las diferencias al respecto. También analiza otros aspectos

de la producción del apodo que pueden o no ser festivos, pero que remarcan alguna cualidad, sea indicándola, sea destacando el contrario. Sin embargo, se centra en cómo se produce lo cómico. Analiza cómo el mensaje literal aparece como soporte del mensaje simbólico, al trasladar la expresión natural de una idea a un tono diferente. Nos lleva así al poder del humor, y concluye que es en el espacio cotidiano donde se puede agredir risueñamente, donde la seriedad es negada o se presenta lo trivial como algo muy serio.

El tercer capítulo se destina a los apodos, a la reconstrucción de identidades. El autor se pregunta si el apodo reconstruye la identidad del sujeto, y nos lleva a una breve, para mi gusto demasiado breve, discusión sobre identidad, más desde un punto de vista de la psicología social que de la tendencia psicologista de la antropología. Analiza tres niveles de identidad o tipos, basado ahora en autores clásicos de la sociología (Durkheim, Weber, Touraine). Continúa, sin embargo, anotando que el apodo corresponde a un apelativo impuesto por el grupo, a diferencia por ejemplo del seudónimo, usualmente elegido por el individuo, o del alias, construcción más compleja en la que intervienen tanto el propio individuo como el grupo que lo impone o lo acepta, y todo en un contexto determinado. El apodo consiste en nombrar, dar sentido de existencia a la cosa nombrada. Va del sujeto apodador, mediante el apodo que es el que designa, al sujeto-objeto apodado, al que refleja. Al respecto habría que preguntar al autor en cuanto a esta relación ¿se trata siempre de una relación de poder o puede reflejar una relación afectiva?

El autor estudia la estructura del apodo: el significante, el referente y el significado. El apodo es así un signo. En su estructura significativa opera un sistema de oposiciones binario, lo que permite tanto

nombrar lo aparente como lo contrario: gordo/flaco, indio/blanco, tacaño—nosotros diríamos codo—/generoso, etc. Puede, por tanto, ser molesto, causar enojo, o tratarse simplemente de una descripción: belludo/lampiño, alto/bajo, serio/alegre.

El cuarto capítulo se dedica al cuerpo, a la sexualidad, al poder, a lo cotidiano y un poco a la psicología popular. Al análisis de la percepción del cuerpo y de la persona sigue el estudio de caso de dos apodos, el que circula libremente, frente al individuo, y el otro, el que se dice “a sus espaldas”: mutan los significantes para evidenciar el significado. El cuerpo es también deseo, sexualidad, es la dualidad complementaria de la naturaleza, y se relaciona con lo público y lo privado, con la posibilidad o no de mencionar el sexo y todo lo que con ello se relaciona. Se buscan caminos, términos que con su polisemia metafórica permitan hacerlo y el autor nos presenta ejemplos al respecto. Un comentario propio, si se me permite como mujer, es que estoy de acuerdo en que el grueso de la ironización de la sexualidad es masculina, es un ámbito cultural de ellos, en el que convierten en objeto a la mujer. Pero ¿por qué no analizar cuidadosamente esto, y verlo a través de la semiótica, como se ven otros aspectos aquí analizados?, ¿o será una manifestación más del poder masculino?

Este capítulo termina con un interesante análisis de la psicología popular, de las relaciones al interior de los grupos sociales y entre éstos. Indica el autor la importancia del contexto, pero en tiempo y en espacio, y como un actuante siempre dinámico. También analiza si los apodos tienen un valor descriptivo, correctivo y cómo, de todas formas, se relacionan con una tradición festiva.

En las conclusiones nos hace ver al apodo como una construcción por las relaciones cara a cara, como un signo más

de sus identificadores. En su construcción se encuentran elementos de la lengua: acústica, sentido, sintaxis, al menos. Hay una relación triádica: significante, significado y referente, y todo en la interacción del apodador, el apodado y el grupo como algo dinámico. Deduce que apodos como los encontrados se dan en casos de localidades en acelerado proceso de cambio, como las estudiadas. Expone las contradicciones relacionadas con el humor, la aceptación de lo moderno frente al conservadurismo y finaliza indicando que el apodo es significativo de una identidad integrativa: define, clasifica, pero inserta al apodador y al apodado en el grupo social.

A lo largo de este comentario puede apreciarse que Vergara no hace un análisis seco de apodos recopilados en los dos pueblos y presentados en los apéndices, sino un estudio social de lo que significan, de la estructura en la que se encuentran, de su función como estructurantes, etc., usando como ejemplo los apodos recopilados en dos localidades distantes en el espacio, pero similares en la situación y en las estructuras socio-culturales tradicionales y modernas, aceptadas y rechazadas, pero siempre resemantizadas. Es encontrar hechos y procesos generales en el hombre y en su hacer, lo que constituye un fin preciado de la antropología. Y eso es lo que nos entrega Abilio Vergara en su libro.

Néstor García Canclini

Algo que me sugirió la visita a esta Feria del Libro de Antropología y otras disciplinas, anexas o conexas, que hay abajo, es que tal vez los antropólogos tenían problemas con los nombres de los libros,

porque me impresionó la cantidad de ejemplares que había que hacer un gran esfuerzo para saber cuál era el título, con letras muy pequeñas, como escondiéndose de la exhibición, de la comunicación. Este libro trata en parte de esto: de nombres, de apodos.

Pero afortunadamente esta obra tiene una hermosa portada, no sé quién la hizo, pero hay que reconocerlo, es muy atractiva, con un pequeño defecto, porque el subtítulo es difícil de leer, pero el título está muy claro, porque además es un hallazgo en la manera en que está formulada.

La reconstrucción de las identidades es uno de los ejes del libro, uno de los problemas que plantean los apodos, y que coloca en el núcleo de la discusión sobre las identidades, hoy tan viva en México y otras sociedades. Pero creo que hay otros problemas que están planteados en el libro, con singular agudeza, y que también lo destacan en el conjunto de la producción que podemos ver en dicha Feria.

Porque no se trabaja el tema de la identidad con un simple sentido celebratorio, sino con un interés muy vivo, muy intenso; pero no simplemente como en muchos libros lo hacen el folclor y la antropología, las dos disciplinas principales que practica Abilio, subrayando, enfatizando, complaciéndose, en lo que las identidades presentan, y a veces exagerando esta complacencia hasta convertirlos en esencias ahistóricas; yo diría que al contrario, el libro de Abilio Vergara es un estudio de la inestabilidad social y significa cómo estudiar las identidades en una época de inestabilidad.

Pero creo que hay algo más que resulta interesante, recorrer, husmear, en la trayectoria del libro y, quizá, como alguien que estuvo muy ligado a su producción en la materia de la ENAH, tengo algunas antenas especiales para chismearles un poco. Yo creo que una pregunta que todo antropólogo se hace y que en las últimas

dos décadas ha aparecido de modo más explícito en la producción antropológica es la pregunta de qué hacer con la propia biografía del investigador. Cómo neutralizarla para ser objetivos, o utilizarla creativamente para imaginar nuevas perspectivas sobre las contradicciones sociales. De qué manera aparece esto en el libro, vamos a verlo un poco más adelante.

El tema es la identidad y las inestabilidades. Se volvió un lugar común en las ciencias sociales decir que las identidades son construidas. Es cierto que los fundamentalismos siguen teniendo un terco éxito en muchos pueblos, pero cada vez es más evidente que no hay esencias ahistóricas, ni biológicas, ni telúricas que obliguen a la gente a ser de una sola manera. Las naciones y las etnias han sido imaginadas, como lo dijo Benedict Anderson en una frase ya muy repetida, y son reinventadas una y otra vez. Del mismo modo, las personas que recibimos nuestra identidad de la pertenencia a esas entidades colectivas reharemos tales condicionamientos. Los otros que sufren nuestra creatividad o nuestras manías juzgan y "consagran" nuestra diferencia imponiéndonos apodos.

El autor parte de una definición muy precisa del apodo:

término, diferente al nombre propio, legalmente inválido, que un grupo social adscribe, informalmente, a determinado individuo por determinada(s) característica(s) singular(es) de su personalidad, aspecto físico, comportamiento y/o estatus social, constituyéndose en su identificador. Es importante subrayar que el apodo opera como un sustantivo que, además, califica a quien designa.

Sin duda esto revela que el apodo puede ser un objeto legítimo de la antropología, más aún un objeto muy atractivo para los antropólogos que tenemos el